



Piadoso rezo del Vía Crucis

~Miércoles de Ceniza 2026~

Franciscana Hermandad Sacramental y Cofradía de
Nazarenos del Dulce Nombre de Jesús, Santo Cristo de las
Cinco Llagas y María Santísima de los Dolores



**La oración de inicio la leerá un hermano desde el Ambon del altar, el titular se encontrará ya en el pasillo central de la Iglesia portado por los hermanos y todos los fieles todavía en sus bancos a poder ser. Se pedirá al sacerdote poca luz para un ambiente más solemne, la Cruz parroquial y los ciriales encaminan el cortejo, y un acólito tuniferario ante el Señor. Se puede acompañar la oración inicial con un canto que disponga el sacerdote.*

Las siguientes estaciones necesitarán un lector y al sacerdote, el primero leerá el pasaje bíblico y el segundo la meditación, para un correcto avance de la oración los lectores se elegirán antes de salir en procesión a la calle. Al parar en la calle, el sacerdote junto con el lector, tras el Cristo, rezarán la estación. Si es posible, miembros de la Junta de Gobierno, acompañarán al consiliario tras el Cristo, con la medalla corporativa, encabezando el cortejo de fieles que irán tras ellos. Para una mejora estética, el cuerpo de acólitos puede vestir dalmática con alba si es oportuno.

Oración de inicio

Hermanos, marcados en la frente con la ceniza, hemos comenzado el santo tiempo de la Cuaresma, camino de conversión, de despojo y de regreso al corazón de Dios.

Esta tarde, al salir a las calles de nuestra feligresía acompañando al Santo Cristo de las Cinco Llagas, queremos ponernos humildemente tras sus pasos, como discípulos que siguen al Maestro en el sendero de la Cruz.

Vamos a recorrer el Vía Crucis contemplando el misterio de un Dios que se abaja, que se deja herir, que acepta la humillación y el dolor por amor. En sus llagas encontramos nuestra paz; en su entrega, nuestra esperanza; en su Cruz, la vida nueva.

En este año de gracia, en el que la Iglesia celebra el Jubileo Franciscano por el VIII centenario de la muerte de San Francisco de Asís, queremos mirar la Pasión con los ojos del Poverello: desde la pobreza que se abandona confiadamente al Padre, desde la humildad que no busca honores, desde la sencillez que reconoce en Cristo crucificado el tesoro más grande.

Que el espíritu de San Francisco de Asís nos enseñe a besar las llagas del Señor en las heridas del mundo; que nos haga amar la Cruz no como derrota, sino como suprema manifestación del Amor; que despierte en nosotros el deseo de configurarnos con Cristo pobre y crucificado.

Pidamos la gracia de caminar este Vía Crucis no solo con los pies, sino con el corazón; no solo como cofrades, sino como verdaderos hijos de la Iglesia; no solo como espectadores, sino como convertidos.

Señor Jesús, Santo Cristo de las Cinco Llagas, danos un corazón humilde y sencillo, capaz de reconocerte en la Cruz y de seguirte hasta la Pascua.

~ I. Jesús es condenado a muerte ~

Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos, porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo y a mi pecador. Amén

Evangelio según san Juan (Jn 19,12–16)

Desde entonces Pilato trataba de soltarlo, pero los judíos gritaban:
«Si sueltas a ese, no eres amigo del César; todo el que se hace rey está contra el César».

Pilato, al oír estas palabras, sacó fuera a Jesús y lo sentó en el tribunal, en el lugar llamado Enlosado, en hebreo Gábbata. Era el día de la Preparación de la Pascua, hacia el mediodía.

Y dijo a los judíos: «Aquí tenéis a vuestro rey».

Ellos gritaron: «¡Fuera, fuera; crucifícalo!».

Pilato les dijo: «¿A vuestro rey voy a crucificar?».

Contestaron los sumos sacerdotes: «No tenemos más rey que el César».

Entonces se lo entregó para que lo crucificaran.

Meditación

Ante el clamor de la Cruz y el silencio obediente de Cristo, contemplamos al Inocente que no se defiende, al Rey que no impone su poder, sino que se entrega. Desde la mirada de San Francisco de Asís, esta escena es escuela de humildad radical: Jesús acepta ser rechazado, humillado y azotado por amor, sin violencia, sin orgullo, sin rencor. El Poverello aprendió aquí que la auténtica libertad es dejarse conducir por la voluntad del Padre, incluso cuando el mundo grita "Crucifícalo". También nosotros, ante las incomprensiones, somos llamados a abrazar la mansedumbre del Cordero, configurándonos con Cristo pobre y crucificado, sabiendo que en la derrota comienza la victoria de la gracia.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria

~ II. Jesús carga con la Cruz ~

Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos, porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo y a mi pecador. Amén

Evangelio según san Juan (Jn 19,16–17)

Entonces se lo entregó para que lo crucificaran.

Tomaron a Jesús, y él, cargando con la Cruz, salió hacia el lugar llamado de la Calavera, que en hebreo se dice Gólgota.

Meditación

Cristo toma sobre sus hombros la Cruz sin resistencia, como quien abraza la voluntad del Padre y hace del sufrimiento ofrenda. No es obligado: la acepta. Sale hacia el Gólgota cargando el peso del pecado del mundo, pero también el peso de cada uno de nosotros. San Francisco de Asís vio en este gesto el misterio de la perfecta alegría: no huir de la Cruz, sino abrazarla por amor. También nosotros estamos llamados a cargar la nuestra con sencillez y confianza, sin queja estéril, sabiendo que el camino que parece derrota es, en realidad, senda de redención.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria

~ III. Jesús cae por primera vez ~

Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos, porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo y a mi pecador. Amén

Profecía de Isaías (Is 53,4–7)

Él soportó nuestros sufrimientos
y cargó con nuestros dolores;
nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado.
Pero él fue traspasado por nuestras rebeliones,
triturado por nuestras culpas.
El castigo que nos trae la paz cayó sobre él,
y por sus llagas hemos sido curados.
Todos errábamos como ovejas,
cada uno siguiendo su camino;
y el Señor cargó sobre él
todas nuestras culpas.
Maltratado, voluntariamente se humillaba
y no abría la boca.

Meditación

El Señor cae bajo el peso de la Cruz, no por debilidad solamente, sino porque ha querido cargar con nuestras culpas. La primera caída nos revela hasta dónde llega su solidaridad con nuestra fragilidad: Él, el Santo, se abaja hasta el polvo que hoy llevamos en la frente. San Francisco de Asís contemplaba estas caídas como el abrazo de un Dios que no se avergüenza de nuestras miserias. También nosotros caemos, erramos como ovejas sin pastor; pero al mirar a Cristo humillado aprendemos que levantarse comienza por reconocer nuestra pobreza.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria

~ IV. Jesús se encuentra con su Madre ~

Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos, porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo y a mi pecador. Amén

Evangelio según san Lucas (Lc 2,34–35)

Simeón los bendijo y dijo a María, su madre:
«Este está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; será signo de contradicción —y a ti misma una espada te atravesará el alma—, para que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones».

Meditación

En el cruce de miradas entre el Hijo y la Madre se consuma un silencio lleno de dolor y de amor. María no detiene la Cruz: la comparte en el corazón, atravesada por la espada anunciada. Así se experimenta desde el carisma franciscano, no como un simple episodio de dolor, sino como comunión perfecta con Cristo pobre y sufriente. También nosotros, al encontrarnos con el sufrimiento de quienes amamos, aprendemos de Ella a permanecer, a no huir, a sostener con fidelidad humilde el misterio de la Cruz.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria

~ V. El Cireneo ayuda a Jesús a llevar la Cruz ~

Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos, porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo y a mi pecador. Amén

Evangelio según san Lucas (Lc 23,26)

Cuando lo llevaban, echaron mano de un tal Simón de Cirene, que volvía del campo, y le cargaron la Cruz para que la llevase detrás de Jesús.

Meditación

Simón no buscaba la Cruz, pero la Cruz lo encontró. Obligado al principio, termina caminando detrás de Jesús, compartiendo su peso y su destino. Así entendía el servicio San Francisco de Asís: acercarse al sufrimiento concreto, tocar la carne herida del hermano, descubrir que al sostener al pobre sostenemos al mismo Cristo. También nosotros somos llamados a ser cirineos discretos, sin protagonismo, ayudando a llevar cruces que no son nuestras, sabiendo que en ese gesto humilde se transforma el corazón y se aprende la verdadera fraternidad.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria

~ VI. La Verónica enjuga el rostro de Jesús~

Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos, porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo y a mi pecador. Amén

Libro del profeta Isaías (Is 50,6)

Ofrecí la espalda a los que me golpeaban,
la mejilla a los que mesaban mi barba;
no escondí el rostro
a insultos y salivazos.

Meditación

Un gesto sencillo rompe la violencia del camino: una mujer se acerca y enjuga el rostro desfigurado del Señor. No puede detener la Cruz, pero puede ofrecer ternura. Así comprendió el amor San Francisco de Asís: mirar el rostro herido de Cristo en el leproso, en el despreciado, y no apartar la mirada. También nosotros estamos llamados a ser Verónicas en medio del mundo, capaces de limpiar lágrimas, de devolver dignidad, de ofrecer consuelo humilde; porque quien se atreve a tocar el dolor con misericordia, descubre que el verdadero rostro que queda grabado es el de Cristo en el propio corazón.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria

~ VII. Jesús cae por segunda vez ~

Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos, porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo y a mi pecador. Amén

Libro de los Salmos (Sal 37,23–24)

El Señor asegura los pasos del hombre
y se complace en sus caminos;
aunque tropiece, no caerá,
porque el Señor lo tiene de la mano.

Meditación

El Señor vuelve a caer, y la fatiga se hace más pesada, más humana, más cercana a nuestras propias recaídas. Sin embargo, esta caída no es abandono, sino misterio de fidelidad: aunque tropiece, no queda vencido, porque el Padre sostiene su entrega. Así lo contemplaría San Francisco, que conoció la fragilidad del cuerpo y del espíritu, pero aprendió a apoyarse solo en Dios. También nosotros, cuando caemos una y otra vez, no estamos solos: la mano del Señor nos levanta, y la Cruz, abrazada con humildad, se convierte en camino seguro hacia la Pascua.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria

~ VIII. Jesús consuela a las mujeres de Jerusalén ~

Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos, porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo y a mi pecador. Amén

Evangelio según san Lucas (Lc 23,27–31)

Lo seguía una gran multitud del pueblo y de mujeres que se golpeaban el pecho y lanzaban lamentos por él.

Jesús se volvió hacia ellas y les dijo:

«Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad más bien por vosotras y por vuestros hijos. Porque mirad que vienen días en los que dirán: “Bienaventuradas las estériles y los vientres que no han dado a luz”. Entonces empezarán a decir a los montes: “Caed sobre nosotros”; y a las colinas: “Cubridnos”; porque si esto hacen con el leño verde, ¿qué harán con el seco?».

Meditación

En medio del dolor, Jesús no se encierra en su sufrimiento, sino que se vuelve hacia las mujeres y las invita a una conversión más profunda. No busca compasión superficial, sino corazones transformados. Para San Francisco de Asís no basta conmoverse ante la Cruz, es necesario dejar que la Cruz nos cambie. También nosotros, que lloramos ante el dolor del mundo, somos llamados a algo más que emoción: a una vida nueva, a una penitencia sincera, a una conversión que haga fecundo el sufrimiento y prepare nuestros corazones para la Pascua.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria

~ IX. Jesús cae por tercera vez ~

Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos, porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo y a mi pecador. Amén

Carta a los Filipenses (Flp 2,6–8)

Cristo Jesús, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de siervo, hecho semejante a los hombres. Y así, reconocido como hombre por su presencia, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz.

Meditación

La tercera caída es el extremo del anonadamiento: el Hijo eterno, que no retuvo su condición divina, se abaja hasta el polvo del camino. Ya casi sin fuerzas, permanece fiel. Este despojo absoluto commueve hondamente el corazón del que se entiende franciscano, que quiere imitar a Cristo pobre y humillado, viendo en su obediencia hasta la Cruz la cumbre del amor. También nosotros somos invitados a vaciarnos del orgullo, a aceptar nuestra pequeñez y a confiar cuando todo parece derrumbarse; porque en la humillación abrazada por amor comienza la verdadera exaltación que Dios prepara.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria

~ X. Jesús es despojado de sus vestiduras ~

Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos, porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo y a mi pecador. Amén

Evangelio según san Juan (Jn 19,23–24)

Los soldados, cuando crucificaron a Jesús, cogieron su ropa, haciendo cuatro partes, una para cada soldado, y apartaron la túnica. Era una túnica sin costura, tejida toda de una pieza de arriba abajo. Y se dijeron: «No la rasguemos, sino echemos a suertes a ver a quién le toca». Así se cumplió la Escritura que dice:
«Se repartieron mis vestidos
y echaron a suertes mi túnica».
Y esto hicieron los soldados.

Meditación

Jesús se queda desnudo ante todos, despojado no solo de su ropa, sino de todo lo que separa del mundo. No protesta, no busca defensa; ofrece su pobreza hasta el último detalle. San Francisco de Asís contemplaba en esta escena la radicalidad del desprendimiento, el abandono total a la Providencia. También nosotros estamos llamados a aprender de esta desnudez santa: dejar caer nuestros apegos, para vivir con sencillez, confiando en que Dios nos cubre con su misericordia.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria

~ XI. Jesús es clavado en la Cruz ~

Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos, porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo y a mi pecador. Amén

Evangelio según san Lucas (Lc 23,33–34)

Cuando llegaron al lugar llamado «La Calavera», lo crucificaron allí, a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda.

Jesús decía:

«Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». Y se repartieron sus vestidos, echándolos a suertes.

Meditación

Clavado en la Cruz, el Santo Cristo de las Cinco Llagas nos muestra el amor que se entrega sin reserva. Cada clavo, cada herida es un abrazo de misericordia por el mundo. San Francisco de Asís, contemplando estas llagas, aprendió a amar la pobreza, la humildad y la obediencia hasta el extremo. También nosotros, ante cada herida que encontramos o que sufrimos, somos invitados a unirla al sacrificio de Cristo, dejando que sus llagas nos transformen y nos hagan instrumentos de perdón y compasión.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria

~ XII. Jesús muere en la Cruz ~

Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos, porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo y a mi pecador. Amén

Evangelio según san Lucas (Lc 23,44–46)

Era ya como la hora sexta, y vinieron tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora nona, porque el sol se oscureció.

El velo del templo se rasgó por medio.

Y Jesús, clamando con voz potente, dijo:

«Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu».

Y, dicho esto, expiró.

Meditación

En el silencio de la muerte, Cristo nos revela la entrega total: su espíritu vuelve al Padre, y con él nos invita a ofrecer nuestra vida en amor. San Francisco de Asís contemplaba esta entrega como el culmen de la pobreza y la humildad: el Hijo que no retuvo nada, que dio todo hasta el último aliento. También nosotros, frente a la Cruz, aprendemos a morir al egoísmo, a las seguridades pasajeras, y a confiar plenamente en Dios, seguros de que en la entrega surge la verdadera vida.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria

~ XIII. Jesús es bajado de la Cruz ~

Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos, porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo y a mi pecador. Amén

Evangelio según san Juan (Jn 19,38–40)

Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, aunque oculto por miedo a los judíos, pidió a Pilato que le dejara llevarse el cuerpo de Jesús.

Pilato lo permitió.

Fue también Nicodemo, el que antes había ido a verlo de noche, llevando una mezcla de mirra y áloe.

Tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en vendas con los aromas, según se acostumbra a enterrar entre los judíos.

Meditación

El cuerpo del Cristo es descendido de la Cruz con cuidado y reverencia, amado incluso en la muerte. El espíritu franciscano ve en este gesto la ternura que acompaña el sufrimiento, el respeto por la carne que Dios tomó. También nosotros estamos llamados a honrar la fragilidad y el dolor del hermano, a envolver con misericordia lo que está quebrantado, aprendiendo que el amor verdadero acompaña hasta el final, en silencio y con humildad.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria

~ XIV. Jesús es sepultado ~

Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos, porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo y a mi pecador. Amén

Evangelio según san Mateo (Mt 27,59–61)

José tomó el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia y lo puso en su sepulcro nuevo, que había excavado en la roca.

Luego hizo rodar una piedra grande a la entrada del sepulcro y se marchó.

Estaban allí María Magdalena y la otra María, sentadas frente al sepulcro.

Meditación

Con delicadeza y reverencia, el cuerpo de Cristo es colocado en el sepulcro, envuelto en la sencillez de una sábana limpia. La piedra que lo cierra es también esperanza, un gesto que confía la muerte a la fidelidad de Dios. San Francisco de Asís contemplaba este momento como la consumación de la humildad y el abandono absoluto: Cristo entrega todo, incluso la propia carne, y nos enseña a confiar en la providencia divina, recordándonos que el amor de Dios no se detiene ante la muerte, sino que prepara la vida nueva.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria